

949.6
L,

DR44L
L2
1855
V-1

LA TIERRA



FONDO DE BIBLIOTECA
DEL CARDO CORRAUBIAS
NOAFCANOSO REYES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

1855

PREFACIO

I

Jamás se escribió la historia de un pueblo en circunstancias mas supremas para el pueblo mismo. El momento de conmoverse y de ser justo con una nacion llega, cuando descargan su azote sobre ella la iniquidad y la desgracia. La posteridad, como la justicia, se complace en defender á los débiles y en vengar á los oprimidos. Los pueblos encuentran en la historia, unas veces su castigo, otras su venganza, su justificacion y su gloria.

Despertando sobresaltados de su largo sueño por

1.

1

el peligro que corren su raza y su nombre, invadidos en el seno de la paz sus mares y su territorio, insultados sus hogares, ultrajada su independencia, incendiados en sus mismos puertos, rodeados por los ejércitos de esos moscovitas que llaman al número derecho, al acero título, los turcos, en pié sobre el límite de sus reducidas fronteras, con las armas de la desesperacion en las manos, combaten sin mirar atrás ni adelante, para regenerar á la Turquía con su sangre ó para morir sin ver el último dia de su patria.

Si la Europa no se ha conmovido, por lo ménos no ha permanecido indiferente. Esta es la hora de decir lo que fueron en otros tiempos, lo que son hoy y lo que pueden ser muy pronto esos otomanos desfigurados á sus propios ojos, desde la época de las cruzadas, por antipatías religiosas, que desaparecen de siglo en siglo ante los intereses de civilizacion de razas, y de equilibrio del globo. Los pueblos no buscan ya en el cielo razones para odiarse y para exterminarse mutuamente en la tierra, ya no se preguntan los unos á los otros si son budistas, hebreos, musulmanes, cristianos, católicos, cismáticos, romanos por el rito ó griegos por la supersticion; lo que se preguntan es si viven, si son justos, tolerantes, probos, patriotas, capaces de llenar la plaza que los tiempos les

han asignado en la distribucion providencial de los territorios. Lo que se preguntan es si son capaces de defender la zona terrestre ó marítima que ocupan contra la usurpacion amenazadora y universal de otra raza; se preguntan si son capaces de oponer un dique al torrente desbordado de una raza conquistadora, que es menester contener dentro de su madre, sopena de entregarle cobardemente, como á un cataclismo sobrenatural, las tierras, los mares, las naciones, los pueblos, las religiones, las civilizaciones, las libertades y el comercio del globo.

La Turquía responde á esta cuestion con su heroísmo; la Europa con la unánime sublevacion de su conciencia. No, la Europa no se ve reducida al extremo de resignarse á la omnipotencia de la Rusia, como se resigna á un golpe inevitable del destino. El Norte, al desbordar, ha escogido mal su hora. La Turquía no está muerta, y el Occidente, previsor y firme, defenderá en Oriente esas distribuciones de los territorios y esas independencias de las razas, que abandonadas respecto de un pueblo, perecerian muy pronto en todas las naciones.

El Occidente no ha sido siempre tan previsor y tan prudente. Hubo un tiempo en que dos poetas (1). Cha-

(1) Lamartine podia haber dicho tres poetas, porque él lo es eminente. (N. del T.)

teaubriand en Francia y Byron en Inglaterra, predicaron contra los otomanos, en nombre de los dioses de la fábula, una de esas cruzadas de opinion, que habian sido predicadas en otros tiempos en Europa en nombre del Dios del Evangelio. Los publicistas forman las opiniones, los poetas crean el entusiasmo. A pesar de los hombres de Estado, el entusiasmo poético emancipó la Grecia. La imaginacion se regocijó con su triunfo. La política concibió temores que el tiempo ha justificado. Nosotros mismos, jóvenes entonces, con poca experiencia y poco conocimiento de las cosas orientales, no conociendo todavía ni los lugares ni los hombres, fuimos tambien injustos con los otomanos, por la admiracion que nos inspiró el valor de los griegos. Nosotros nos engañamos como la generalidad. Era preciso tal vez proteger y federalizar á la Grecia sin separarla enteramente del centro otomano, y sin desmembrar el imperio que defiende al Oriente y al Occidente contra la invasion moscovita. El incendio inicuo y atroz de Navarino fué la hoguera de la Rusia. Él predecia el de Sinope. El sultan Mahamud, que reinaba entonces, y que se esforzaba en regenerar su imperio por medio de la tolerancia y de la civilizacion europea, vertió lágrimas al saber este contra sentido y este suicidio de las potencias. « Ved, le dijo á un diplomático que se disculpaba por

la participacion que su país habia tenido en la catástrofe de Navarino, ¡ved! cuando yo solo la defendiendo contra la invasion de esos moscovitas, ¡la Europa se une á ellos para destruirme! ¿Quiere por ventura la Europa verse inundada y subyugada por los rusos?

— Razon teneis, respondió el diplomático al Sultan; pero que no os inquiete la suerte de la Europa, dia llegará en que reconozca vuestros esfuerzos, y venga á incendiar en vuestros mares los navíos rusos que han quemado en Navarino á vuestra escuadra.

— *Dios es Dios*, dijo Mahamud, ocultando la frente en sus manos y pensando sin duda en su hijo, *¡cúmplase su voluntad!* Ella va á cumplirse.

II

No se trata hoy de turcos ni cristianos, se trata de la independencía y de la inviolabilidad de todos los pueblos. Petersburgo ha tocado el somaten que anuncia á la Europa su peligro. Todos los pueblos, que quieran conservar libres sus hogares, deben empuñar las armas. Las potencias, á nuestro juicio, han tardado mucho en acudir á este llamamiento. Por

fin han oido la campana; ya es tiempo de hablar.

En las cuestiones interiores de su propio país se pueden tener antipatías ó preferencias, se puede aceptar ó rechazar, porque estos son los derechos de la conciencia individual. Púedese á veces callar con tristeza y aun con patriotismo, durante los eclipses de la libertad, acerca de los problemas del gobierno de los pueblos. Esas cosas afligen el ánimo, pero no alteran el fondo mismo de la nacionalidad; los gobiernos no son las sociedades, solo son su forma y mecanismo. Roto el mecanismo, despojada la vestidura, aun queda un pueblo, un territorio, fronteras, mares, ejércitos, colonias, armadas, en una palabra, todo lo que constituye la patria.

Pero si estas formas y este mecanismo de los gobiernos son cosas variables que pasan con los años, con las circunstancias, con las aficiones ó con el desaliento de los pueblos, en el fondo de estos hay siempre cosas permanentes, vitales, que forman la esencia misma de su existencia nacional, y que no vuelven á recuperarse una vez perdidas. Constitúyenlas los intereses exteriores de la nacion, su posicion en el mundo, su importancia relativa en el globo, su peso específico en el equilibrio de las potencias, sus fronteras, sus mares, sus alianzas, por fin, su geografía. Acerca de tan graves intereses es menester

decir á todas partes y á todas horas cuanto se piense con patriótica independencia; porque éstas no son cosas momentáneas, sino que afectan al porvenir del país; por su magnitud y duracion sobrepujan á los tiempos y á las vicisitudes de los gobiernos; ellas preceden á las dinastías ó á las repúblicas; ellas sobreviven á las dictaduras y á los imperios. Quien ve esos intereses permanentes en peligro y se calla, no solo ofende á la verdad, sino que hace traicion á su país.

Esto pone la pluma en nuestras manos.

III

Sin entrar aquí en el análisis de las innumerables consideraciones que desde Francisco I han convertido en un proverbio político y tradicional la alianza de la Francia con la Turquía, diremos del Imperio otomano una sola cosa: el Imperio otomano ocupa geográfica, militar, marítima y políticamente en Europa y en Asia, un lugar en el globo de mas de cien mil leguas cuadradas, y este lugar, si el Imperio otomano desaparece, no puede ser ocupado mas

que por la Rusia. Si la Europa, en efecto, permite al czar este atroz asesinato de un pueblo, claro es que no tiene la intencion de dejar vacias estas cien mil leguas cuadradas de los climas mas favorecidos por el cielo, de los territorios mas fértiles, del mas rico litoral en puertos y ensenadas, de los archipiélagos mas comerciales, de los estrechos mas impenetrables para quien no tiene su llave, de los mares mas navegables, y de la capital mejor situada, geográficamente hablando, para volver á ser lo que ya fué, ¡ la metrópoli del universo!

¡ *La Rusia en lugar de la Turquía!*...

Hé aquí el problema que se presenta hoy á la Francia, á la Inglaterra, á la Europa.

Dicho esto no hay que añadir una sola palabra acerca de la conservacion ó desaparicion del Imperio otomano del mapa político del globo. ¡Qué se reflexione solamente por un minuto! La opcion está escrita en la tierra y en el mar con caracteres de vida y de muerte para la Europa y para la Francia. O el Imperio otomano debe subsistir en su puesto, ó pierde el suyo la Francia. Eso dice la Francia, eso dice la Inglaterra, eso dicen el Asia, el Africa, la España, la Italia; eso dirá el Austria misma, víctima pronto, si permanece inmóvil, de una ambicion que la ahorría ahora para ahogarla luego.

IV

Antes y despues de los tratados de 1815, el Imperio otomano, consolidado por el interés unánime de las potencias, habia entrado á formar parte integrante del sistema del mundo pacificado. Ese imperio pasaba en el interior por las fases de todos los imperios que menguan despues de haber crecido desmesuradamente. Pero al revés de los que se deterioran en su decadencia, el otomano se civilizaba, se *europizaba*, se rejuvenecia por su contacto con la Europa, al paso que reducía sus antiguos límites. El padre del Sultan actual, el intrépido Mahamud, arriesgaba tres veces su corona y su vida por regenerar á su pueblo. Despues de haber exterminado á los sediciosos genizaros, cogidos en flagrante delito, con el mas heróico y mas legal golpe de estado que ofrece la historia moderna, el sultan Mahamud continuaba desarrollando sus grandes pensamientos de tolerancia, y asimilando cuanto era posible el Oriente al Occidente. Las preocupaciones y el fanatismo fueron sepultados con los cadáveres de los genizaros. El Im-

perio otomano iba á tener su Pedro el Grande, despues de haber tenido sus Strelitz.

La Europa cometió en aquel momento la falta de segregar la Grecia y de incendiar la escuadra turca en provecho de los rusos. En 1840, fecha de una errada política en Francia, que combatimos con todas nuestras fuerzas en la tribuna, se cometió el yerro, mas imperdonable todavía, de hacer causa comun con un bajá de Egipto, rebelado contra el Sultan. El ministerio francés amenazó á la Europa entera con la guerra, por desmembrar otra vez mas el debilitado imperio y arrancarle el Egipto, la Arabia, la Siria hasta el Taurus y las islas. Mejor hubiera sido declarar *fuera de la ley* á la Turquía y repartirse las provincias de este imperio. Por lo ménos una confederacion europea hubiera defendido el puesto y unido el mundo occidental contra el monopolio de la Rusia. La victoria de Ibrahim-Bajá en Nezib, y el apoyo indiscreto del gobierno francés, mataron á Mahamud, y expusieron el Imperio otomano á caer en poder de un aventurero que lo hubiera vendido á la Rusia. La Francia lanzó un grito de terror. El ministerio, abandonado por la opinion, se vió obligado á retirar las escuadras, á reconocer honradamente su yerro y á presentar su dimision. El tratado del 15 de julio sancionó en Lóndres la

conservacion del Imperio otomano. Una demostracion de la Europa y algunos miles de austriacos que desembarcaron en Siria, cambiaron en derrota la invasion del ejército egipcio de Ibrahim-Bajá, reputado invencible, y lo rechazaron hasta las márgenes del Nilo.

V

El sultan Mahamud habia fallecido bajo el peso de sus desgracias y de la falsa política francesa de 1840; su hijo Abdul-Medjid recibió el imperio en la cuna con muy favorables auspicios. Las reformas se hallaban cumplidas, y el ódio que suscita siempre contra sí un reformador, quedó sepultado en la tumba de Mahamud.

No ha habido nunca un soberano jóven mas predestinado por su nacimiento, su carácter y aun su mismo exterior, á reparar pacíficamente un imperio. Hé aquí el retrato que trazamos de Abdul-Medjid algunos años mas tarde, despues de tener con él una larga conferencia. Millares de testigos po-

drian decir en Europa que este retrato no debe nada al favor ni á la ilusion.

Abdul-Medjid habia señalado para nuestra audiencia, que debia tener lugar en el campo, un pequeño pabellon retirado, donde suele recogerse léjos del bullicio y de la pompa de sus palacios de Stambul.

Nosotros copiamos en nuestras notas de viajero la descripcion del sitio y del hombre.

VI

«Despues de haber pasado las colinas desiertas que separan á Constantinopla de *Flammur*, nos apeamos del caballo en el fondo de un estrecho valloncillo, al borde de un arroyo, en una encrucijada guarnecida de árboles, formada por tres ó cuatro senderos, trazados sobre la mojada arena, debajo de los arbustos. Conducidos por el mas oscuro de ellos hácia un escampado, apercibimos en el centro una casita cuadrada, con su tejado plano, y una sola ventana, casita muy parecida á la de un pobre párroco de un pueblecillo del mediodía de Francia.

Desde la orilla del camino, una escalera de tres peldaños daba acceso á la sencilla habitacion, que sombreaban hermosos árboles frutales, plantados en el jardin, en frente de ella. Cinco ó seis tilos viejos, que han dado su nombre á este valle, inclinaban sus ramas sobre el tejado. Delante de la escalera, un imperceptible surtidor de agua, que no se elevaba mas que los tallos del jazmin doméstico, sonaba melancólicamente al caer en un pequeño receptáculo cercado de piedras, que servia para regar las plantas. Una huerta de poca extension verdeaba debajo del estanque. Bajábase á ella por cinco ó seis escalones. Un hortelano turco y su familia habitaban una rústica cabaña á veinte pasos del kiosko del Sultan. El hortelano y sus hijos iban y venian por aquellos senderos con el regador y la azada en la mano, como si estuvieran en su posesion, á mil leguas de su señor. No hicieron caso de nosotros. Sin embargo aquel era el kiosko favorito del Sultan, el palacio de estudio ó de solaz de ese soberano de una parte del Asia, del Africa, de la Europa, desde Babilonia hasta el Danubio y hasta Tunez, y desde Tebas hasta Belgrado. Nosotros estabamos en su puerta, y podiamos creernos en el umbral de un pobre solitario que vivia con una poca tierra, heredada de sus padres, en frente de su valle, á la entrada de su bosque.

VII

« Todavía no había llegado Abdul-Medjid. El campesino abrió una barrera.

Para llevarnos á la huerta nos hizo pasar por delante de la puerta del kiosko. Esta se hallaba abierta para que entrara el viento, la frescura y el murmullo del agua del estanque. Al cruzar echamos una furtiva mirada al interior. Era una sala vacía entre cuatro paredes, pintadas al óleo con un color oscuro, un pavimento de mosaico hecho con piedrecillas del arroyo, un divan forrado con una tela de algodón blanco al rededor de la sala, una espaciosa ventana medio encubierta por el enorme tronco de uno de los tilos, un tazon que interrumpia suavemente el silencio con las gotas de agua que caian de un surtidor, colocado en el centro de aquella solitaria mansion. Nada de muebles ni de ornamentos; el pabellon no tenia mas adorno que su aislamiento, sus muebles eran el dulce rumor del agua y su agradable sombra. Los musulmanes nacidos en las montañas y en los valles del Asia, hijos de pastores, han tras-

portado á sus palacios la memoria, las imágenes y la pasión de la naturaleza campestre, que aman con demasiado fervor para querer enmascararla. Una mujer, un caballo, un arma, un manantial, un árbol, tal son los cinco paraísos de un hijo de Otman.

« Al entrar en el kiosko busqué con los ojos al Sultan. Estaba en pié, casi perdido en la sombra entre la ventana y la pared, en el ángulo ménos alumbrado de la sala. El sultan Abdul-Medjid es un jóven de veintiseis á veintisiete años, de un aspecto mas avanzado que el correspondiente á su edad. Su talle es esbelto, elegante y fino, su estatura mas que mediana. Lleva su cabeza con esa ligereza graciosa y noble á la vez que la longitud del cuello presta al busto griego del jóven Alejandro. Sus facciones son regulares, su frente espaciosa, sus ojos azules, sus cejas arqueadas, como las de las razas del Cáucaso, su nariz recta, sus labios modelados y entreabiertos; su barba, base del carácter en la faz humana, es firme y está bien asentada: el conjunto produce una impresion mas atractiva que imponente; se siente el hombre que aspira á ser amado y no á ser temido: la mirada ofrece una modesta ti-

midez, en la boca se descubre un rasgo de melancolía, su continente revela un cansancio precoz; se ve que este hombre, jóven todavía, ha pensado y sufrido prematuramente. Pero lo que domina es una sensibilidad grave y meditativa. Este hombre, se dice uno á sí mismo, lleva en su pensamiento alguna cosa tan pesada y santa como un pueblo, y conoce la pesadumbre y la santidad de su carga. En su expresión no hay juventud ni frivolidad. Mas que de un soberano jóven es la estatua de un jóven pontífice. Su fisonomía inspira cierta ternura al corazón. Sin querer se piensa así: Hé ahí un hombre, sacrificado ó por lo ménos consagrado al poder supremo. Jóven, bello, omnipotente, que será grande sin duda, pero nunca libre, nunca independiente, nunca feliz. Se le compadece y se le ama, porque al considerar su grandeza se siente visiblemente su responsabilidad. Todo hombre tiene derecho á ser feliz en su imperio excepto él. Desde la cuna ha sido llevado al trono.

« Su traje era sencillo, liso, casi como de luto: una túnica de paño oscuro que le bajaba hasta las rodillas, el cuello descubierto, un pantalon de lienzo de pliegues anchos, botines negros, y un sable sin adornos en la empuñadura. Su faz únicamente lo hubiera revelado á la multitud. Yo me sentí conmovido, arrastrado, enternecido por aquella melancó-

lía en la majestad.

« Mientras le estaba hablando, dió muchas vueltas al puño de su sable, sobre el que tenia puestas las manos, se ruborizó y miró al suelo como si hubiera subido á su rostro el pudor de su virtud.

« Nosotros lo acompañamos al exámen que iba á hacer él mismo de su juventud militar.

« Qué destino, tal vez sin igual en su historia, decia yo al salir á mis compañeros, qué destino el de ese jóven que acabamos de ver trabajando para regenerar á un pueblo.»

¡Cuántas súplicas se dirigen por él al cielo en todas las lenguas, al terminar los dias que consagra de ese modo al cumplimiento de sus deberes!

« ¡Cuántas veces no se invoca al rey de los reyes y al señor de los pueblos para que le sea dado el reunir la Europa y el Oriente, el mundo musulman y el mundo cristiano en la tolerancia y la unidad, como él los une evidentemente en su corazón! No basta ser bueno y grande, nos deciamos, es menester ser rey; no basta ser soberano, es preciso ser jóven, y no basta tampoco ser bueno, grande, soberano y justo, sino que es necesario además ser comprendido, amado y

secundado por su siglo. Abdul-Medjid es todo eso. Que el cielo bendiga en él á los cuarenta millones de hombres, á los continentes, á los mares, á las islas, á las montañas, á los rios que dependen de él. »

Perdonémos esta cita : pero en el momento en que vamos á hablar de los primeros sultanes que fundaron este imperio, se necesitaba pintar al último de esos hijos de Otman, trasformado en filósofo en la persona de Abdul-Medjid.

VIII

Tal es el príncipe inocente, estudioso, pacífico que el Asia y la Europa veian con admiración trabajando en civilizar y hacer felices á sus pueblos sin distincion de raza ó de culto, y que con su ejemplo formaba á su alrededor hombres dignos de él, cuando la Rusia, por un sentimiento que dejaremos juzgar á la conciencia, le envió un procónsul mas bien que un embajador, para ultrajarlo en su propio palacio, un ejército para apoyar sus ultrajes, y una flota para incendiar sus navíos y sus puertos.

Ahora bien, ¿cuál era el crimen de Abdul-Medjid ? Helo, aquí : civilizando á su pueblo lo fortalecia, lo hacia entrar de año en año cada vez mas adelante en la alianza y las costumbres del Occidente. Se preparaba á realizar cada vez mas ese sublime progreso que expresaban en nombre suyo los ministros de su pensamiento y de su corazon :

«Igualar de tal modo las condiciones políticas, civiles y religiosas entre los musulmanes y los cristianos de toda comunión en el imperio, que no llegara á haber bajo las leyes del Sultan mas que un solo y mismo pueblo compuesto de las diversas razas y religiones. En una palabra, nacionalizar todos esos fragmentos de naciones que cubren el suelo de la Turquía con tanta imparcialidad, dulzura, igualdad y tolerancia, que cada uno de esos pueblos reconozca que su honor, su conciencia y su seguridad se hallan interesados en concurrir al mantenimiento del imperio en una especie de confederacion monárquica bajo los auspicios del Sultan.» (Palabras de Abdul-Medjid.)

El corazon de la Europa respondia á estas palabras, los hechos comenzaban tambien á responder á ellas en todas partes. Visitad á Esmirna, Constantinopla, la Siria, el Libano; entrad en los monasterios, en los hospicios, en los templos, en las casas de educacion de ambos sexos, dirigidos por hombres y mu-

eres de todas las órdenes monásticas, que se consagran al alivio de las enfermedades humanas ó á la enseñanza religiosa, desde las hermanas de la caridad hasta los lazaristas, y preguntad á esos innumerables establecimientos piadosos si les falta alguna vez el favor y la proteccion del imperio. Todos os contestarán ensalzando la benévola imparcialidad de los otomanos y el nombre del Sultan. No hay ciudad en Francia donde las conciencias y sus obras sean mas inviolables y mas favorecidas que en aquellas capitales, en aquellas campañas, al Sur y al Norte del Líbano. Allí no hay que ir á buscar mártires. Todas las libertades son solidarias. El europeo sabe muy bien qué especie de libertad de conciencia lleva la Rusia en la punta de sus bayonetas al Oriente y al Occidente.

IX.

El mundo entero se interesaba por el pacífico cumplimiento de los designios de Abdul-Medjid en sus estados.

Él veia además en el afianzamiento del Imperio

otomano, en la disciplina de su aguerrido ejército, una vanguardia y un dique contra el desbordamiento universal de la Rusia. Nosotros mismos, encargados un dia, de velar en el seno de una borrasca por los intereses exteriores de Francia, dimos á su embajador en Constantinopla esta instruccion sumaria, pero categórica, en medio de la conflagracion de la Europa.

« No provoquéis la guerra entre la Turquía y la Rusia: apartad al gobierno otomano de todo acto agresivo contra los rusos; pero si la Rusia se atreve á aprovecharse del trastorno general de la Europa para atacar ó amenazar al Imperio otomano, decid al Sultan que la Francia es la aliada obligada de la Turquía, y que el Sultan puede disponer para su defensa, no solamente de las flotas, sino tambien de los ejércitos franceses como de sus propios ejércitos. En el caso de que la Rusia intente hacer la guerra al Imperio otomano, la alianza cierta, porque es natural, es la triple alianza de la Francia, de la Inglaterra y del Imperio otomano. »

La Rusia oyó estas palabras, y permaneció inmóvil; la Turquía no abusó de la declaracion de la Francia; no provocó á la Rusia. Parecia que la guerra aguardaba en San Petersburgo cierta oportunidad sorda que le diera el pretexto del fanatismo para con-

sumar el atentado horrible que meditaba. La Francia cometió la falta de despertar intempestivamente la cuestion llamada de los Santos Lugares. Puerilidad diplomática que los ociosos negociadores se divierten en remover de tiempo en tiempo, cuando no saben que hacer, instigados por algunos frailes italianos ó españoles, en guerra perpetua de preferencia con algunos frailes bizantinos.

Nosotros no referirémos esas querellas de *facistol* por plazas en el tabernáculo ó en el pórtico, por vanidades de sacristía, por horas y por *llaves*. Esto es demasiado ínfimo. Una gota de sangre vale mas que esos orgullos de frailes y esos celos de peregrinos. La verdad es que solo los turcos conservan la policia, la imparcialidad, el respeto y la paz en torno de aquellos santuarios: la verdad es que los encarnizados combates de los griegos y de los latinos han estado á punto de incendiar, saquear y destruir en muchas ocasiones los Santos Lugares, objeto de la querella. Nosotros hablamos únicamente de lo que hemos presenciado.

Viendo remover esta cuestion de los Santos Lugares que es preciso adormecer siempre, previmos lo que iba á suceder.

Era indudable que la Rusia, viendo agitar esta cuestion en Constantinopla, se creeria obligada, á

fin de conservar y acrecentar su popularidad greco-ortodoxa en Oriente, á promover ella misma alguna ruidosa manifestacion de protectorado religioso que hiciera decir á los griegos del Asia: « ¡ Tambien nosotros tenemos un patron en Moscú! » de ahí el choque entre el embajador del czar y el gobierno del Sultan.

X

Sin embargo, es menester reconocerlo como disculpa del gobierno francés; apénas se apercibió de que su pretension, mas monacal que política, al monopolio de los Santos Lugares, era un mal ejemplo dado á la Rusia, y que la guerra podía salir del sepulcro de un Dios de paz, suscitada por las sectas, el gobierno francés se apresuró á sofocar este pretexto de discordia. Él retiró discretamente sus exigencias exageradas, moderó sus notas, las interpretó, dió una satisfaccion completa á la Rusia, y volvió á entrar en el derecho comun de las naciones y en la igualdad de las protecciones dispensadas por el divan á los establecimientos y peregrinaciones de los San-